



EL CALDERON.

SEMANARIO PINTORESCO DE HISTORIA, LITERATURA, TEATROS, MODAS Y CHISMOGRAFIA,
QUE A UNOS HACE REIR Y A OTROS RABIA, Y TIENE POR NORTE DECIR LA VERDAD.

Núm. 3.

Unica edicion.

10 Noviembre de 1861.

Por suscribirse á EL CALDERON hacemos pagar tan solo cuatro rs. al mes, quedando al suscriptor el derecho de insertar gratis en sus columnas cuanto tenga por conveniente y esté en consonancia con lo que tenemos ofrecido.

Sale el sol (salvo los dias que está nublado) por la mañana y se oculta por la tarde. La luna, crece y mengua como el número de nuestros suscritores que está en cuarto creciente.

DEBE SUBSISTIR LA NOBLEZA HEREDITARIA.

La cuestion, que ahora, proponemos, no es de las que están envueltas en sutilezas metafísicas, ó reducida á una mera teoría, ni mucho menos puede decirse que carece de interés y de importancia. Lejos de esto, examinar la conveniencia de la nobleza hereditaria es tratar un asunto concreto

y bien deslindado, de aplicacion práctica, y de trascendencia tal, que afecta la existencia de una clase subsistente en la mayor parte de las sociedades modernas y antiguas de muchos siglos. Pero por lo mismo que presenta tal carácter la cuestion, debemos protestar antes de emitir idea alguna sobre ella, que al debatirla no nos anima ningun motivo de resentimiento, ni nos proponemos la satisfaccion de ningun mezquino interés; por fortuna aun no hemos tenido ocasion de abrigar esas pa-

siones, y por otra parte, conocemos que los asuntos científicos degenerarían si en vez de sostenerlos con el raciocinio y la inteligencia, los hiciéramos servir á la personalidad y á la venganza. Por esto, seria para nosotros doloroso que se tomaran nuestras palabras como alusiones á personas, puesto que desde luego hacemos abstraccion de estas, y considerando la nobleza á la altura de una institucion social, vamos á esponer nuestras ideas sobre su conveniencia ó sus perjuicios. Pero insistir mas en estas salvedades seria poner en duda el buen juicio de nuestros lectores.

Si llevamos nuestro pensamiento, no ya á los primeros pueblos, sino á la sociedad primitiva, de que estos fueron otras tantas desmembraciones, á pesar de las tinieblas en que se ocultan épocas tan remotas, no nos será posible dudar existió la desigualdad de los hombres, porque la razon natural indica, y lo confirman las cortas noticias que hasta nosotros han llegado, que habria entre los primeros hombres quienes se distinguieran por su valor y destreza, quienes por la edad tuvieran mayor experiencia, quienes reunieran mas propiedad y estuvieran mas interesados por el orden, quienes poseyeran un talento claro, ó una imaginacion viva, quienes observarán escrupulosamente la moral, quienes, en el, tributáran á Dios un culto puro y sincero. Estos hombres descollaban sobre los demas, tenian una cualidad que los hacia conocidos, notables. He aquí la nobleza que podemos llamar natural ó en el hecho.—Cuando con el tiempo se aumentaron las familias; y ya para atender mejor á sus necesidades ó quizas por efecto de su enemistad, se separaron, y constituyéndose de por sí, dieron origen á los primeros pueblos, tuvieron estos que darse una organizacion, fundándola en aquellos principios que derivaban de la naturaleza y destino del hombre. De aquí la sancion civil de la propiedad, de la seguridad y de la libertad: de aquí tambien la sancion de la desigualdad de los hombres y la regla de gobernarlos tales como ellos aparecieran en la sociedad. Cuando sobresalian por su mérito, debia recompensarseles, y con este objeto los legisladores crearon las categorías y las preeminencias. De aquí la nobleza de derecho, que se llama civil ó política.—La titulada, que es una de sus especies, merece sostenerse hoy dia? ó debera abolirse? Tal es el tema que vamos á considerar.

Deseando tratarle con claridad, examinaremos la nobleza hereditaria: 1.º con relacion á la moral; 2.º con relacion al derecho natural, y 3.º con relacion al derecho político.

La moral no aprueba el lujo ni los gastos superfluos cuando relluyen en daño de la sociedad ó del individuo. Existiendo la nobleza hereditaria, es bastante general que ocurran estos perjuicios en mayor ó menor escala: fácilmente se comprende que un noble procura sobre todo el mayor esplendor de su título, y que lejos de acomodarle á su patrimo-

nio, nada pingüe muchas veces, prescinde por el contrario de lo que puede este dar de sí, sacrificando los medios á su idea dominante. Si no existieran los títulos cesarian muchos gastos superfluos, en bien de la sociedad, al paso que se desvanecirian las fundadas sospechas de que bastantes títulos ocultan tras sí patrimonios ahogados por las deudas ó miserables por la disipacion.

Pero la pasion mas frecuente que domina á los nobles titulados es la del orgullo. Deplorables son sus consecuencias, mírense bajo cualquier concepto, y aun lo son mucho mas cuando se infunde en el corazon desde la infancia como sucede en el heredero de un título. Asi que nace, es objeto de tiernos cuidados y delicada solicitud. Conforme van desarrollándose sus facultades intelectuales, así se vá acostumbrando á la educacion privilegiada que recibe: privilegiada he dicho, puesto que consiste en satisfacer sus caprichos, transigir con sus impertinencias y disimular sus malos hábitos, todo lo cual desarrolla extraordinariamente su amor propio y le habitúa á no poder tolerar el mas ligero disgusto. Llegada la edad de la adolescencia, como que el jóven ha heredado un título ó está próximo á heredarlo, y con él tiene un motivo para distinguirse de los demás hombres, se halla persuadido de que no necesita adquirir conocimientos, ni educar su carácter, ni moderar sus pasiones; idea de que quedará plenamente convencido, cuando la aduccion le rodee por todas partes, y se elogien todos sus pensamientos, todos sus dichos y sus actos. De este modo, los nobles abrigan la conviccion de que la laboriosidad no es una virtud de su clase, y que nada son los títulos del talento y la virtud ante los que ellos ostentan por su cuna. En este punto la clase media, y aun la infima, llevan gran ventaja á la titulada, por mas que sean objeto de su indiferencia ó su desprecio.

Es de notar tambien que asi como el orgullo prepondera entre los nobles, sus rivalidades llevan en sí mas odio y enemistad, siendo muy difícil que lleguen á convertirse en emulacion. No considera el noble lo que puede él de por sí aventajar á su rival, porque ya he dicho que de por sí apenas hace nada; pero en cambio se complace en el lustre de sus blasones y en los méritos de sus mayores, originándose asi esas enemistades mas ó menos ocultas, mas ó menos disimuladas que vemos entre determinadas casas de título.

Bajo otro concepto es la nobleza hereditaria un elemento perjudicial para la sociedad. Hecho constante es que los premios sirven para estimular al hombre; y ciertamente los títulos, lejos de avivar, destruyen completamente este estímulo, porque el noble tiene la recompensa antes de que la desee tener. Por esta razon la clase titulada es incompatible con una buena organizacion social: ella no tiene que merecer bien sino de Dios, y bajo ningún concepto de los demás hombres. Asi que, no puede menos de condenarse una clase, cuya coex-

sistencia con las demas es el privilegio dado á la inaccion sobre el mérito y el trabajo.

Y sobre todo, no olvidemos que los hombres deben vivir en caridad y fraternidad, fin grandioso y sublime consignado en la moral cristiana; pero que se vé falseado por la nobleza hereditaria. El Redentor no solo ha dicho: «Amaos los unos á los otros», sino que ha mostrado cuan agenos eran de su espíritu los títulos con estas palabras: «No queráis ser los primeros, porque sereis humillados: los humildes serán ensalzados.» Esta manifestacion es una manifestacion divina, y en vano se pretenderia recusarla.

Con las ideas hasta aqui apuntadas, y en cuyos detalles no queremos entrar, se demuestra suficientemente que la nobleza hereditaria es opuesta á la moral.

A MI MADRE.

¿Dónde estás madre adorada,
Objeto de mi ternura!...
Ven á aliviar mi amargura
Y á desterrar mi dolor!

Estiende tu mano bella
Y corre á enjugar mi llanto,
Que mi lloro, es lloro santo,
Y puro raudal de amor.

Cual otro tiempo solicita
Torna á mi con tu cariño,
Rica fuente donde niño,
La vida, madre, bebí.

Vida en la tuya mecida
Con tu sangre alimentada,
Vida, sin tu vida... nada!
Que eras vida para mí!

El silencio me mata si mas dura!
¿Conduélete, y responde á tanto amor!!
Pero calla!... que el aura que murmura
Que muerta estás!... responde á mi dolor

Infeliz!... No comprendí
En medio de tanto duelo,
Que eras un ángel, y el suelo
No era lugar para tí
Y te has elevado al cielo.

Dios sin duda te llamó
Y obedecer fué preciso,
Y dejaste á quien te amó
Por lograr el paraíso
Que tu virtud mereció.

Si para siempre perdí
Tu delicia y tu ventura,

Desde la celeste altura
Vela por el hijo aquí
Que os grabó en el alma pura

No me olvides nunca, no,
Que yo no te olvidaré,
Hasta en la tumba sabré
Después de Dios darte yo
Mis creencias y mi fé.

Miscelánea.

MAGNÍFICO CHASCO.—Acaba de ocurrir en Madrid un suceso que por lo extraño merece referirse. Una señora de una familia distinguida, ha estado eatorce años casada y ha malparido doce veces. Al enviudar hace pocos meses, el inmediato heredero de su marido reclamó bienes cuya renta se aproximaba á 40,000 reales anuales. La señora manifestó que habia quedado embarazada, y en efecto era así; pero manifestó tambien que, no teniendo esperanza de que su décimo tercio embarazo fuese mas feliz que los anteriores, no se opina á que se hiciesen las particiones de bienes. Hace pocos dias la señora ha dada á luz un robusto niño, desvaneciendo la fundada esperanza que tenia de heredar el pariente mas cercano del difunto.

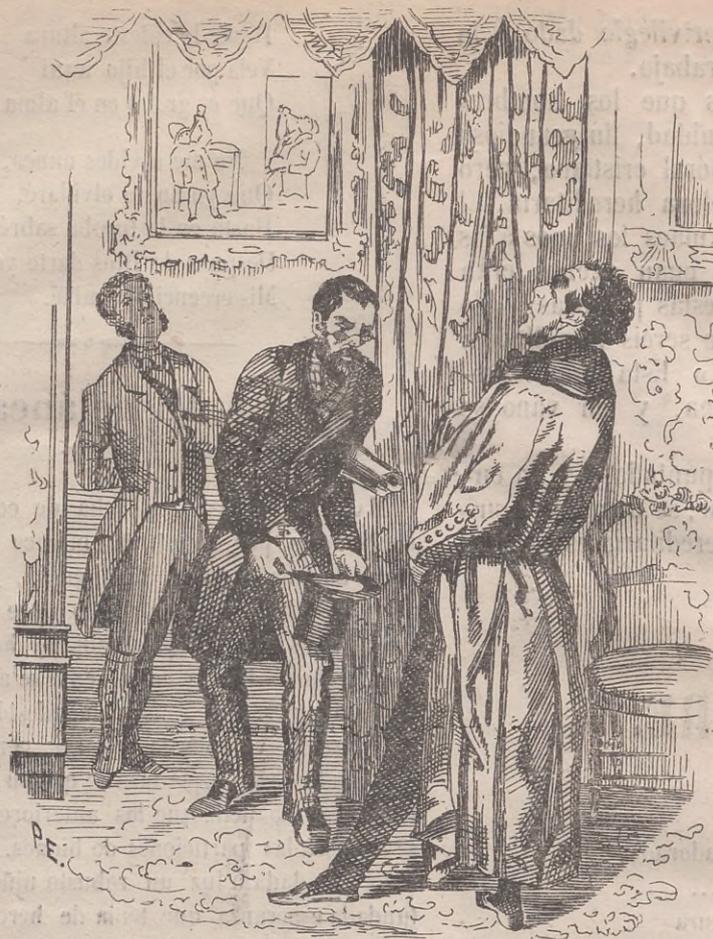
Vivian en una misma calle en Paris, tres zapateros, y uno de ellos colocó de la noche á la mañana, en la muestra de su casa, el siguiente rótulo:

«Aquí vive el mejor zapatero de Francia.»—Al ver la muestra un vecino, colocó en la suya: «Aquí vive el mejor zapatero del mundo.»—Asi que el tercero se apercibió de los dos anuncios, escribió el suyo, en el que se leia: «Aquí vive el mejor zapatero de la calle.»

Ni por Dios entra en mis libros
De mujeres, un capítulo,
No quiero por ningun título
En un hospital parar.
A quien el rábano pique
Buen remedio, deje el rábano
Porque si le muerde el rábano
Tendrá luego que rascar.

Hay un refran que dice tales los padres, tales los hijos; pero tal vez con mas exactitud pudiera aplicarse este dicho entre los amos y los criados. En la historia encontramos al pérfido, Absalon, hijo de un santo profeta, y á santos hijos de apóstatas é impios; y lo que es mas á dos hermanos nacidos por necesidad de un mismo padre y una misma madre, el uno dócil, virtuoso y agradable á los ojos de Dios, y el otro soberbio, envidioso é iracundo, cuyos vicios le arrastran á manchar sus manos con la sangre que derrama un arma fratricida.

En la viñeta que antecede vemos á un fantasma de aquellos de ton y son, que por su soberbia apos-



tura revela su poca amabilidad, su mucho orgullo y su desmedida pedanteria.

El criado es una fotografia de ese buen señor; el cuerpo erguido, tirado hácia atrás sacando adelante su abdómen que no es otra cosa que el vientre de una tinaja, gracias á la multitud de vicios que encierra, y respuestas desdeñosas cuando se les suplica alguna gracia; y no le llamo buche de pavo que se traga y consume hasta las nueces, porque esto de hartarse glotonamente, no daña tanto á su prójimo como á sí mismo.

Un caballero cesante se presenta muy cortés con un pliego de documentos bajo el brazo, el que despues de haber ido y venido muchas veces para hablar con el bendito señor, y llevado cada vez repulsa del mal criado *alias* portero, le lee los documentos y demanda proteccion.

El caballero fanfarron, cuyo rostro surcan hondos y no muy rectos surcos, sin embargo de tener cara de haber vivido en algun cenobio en cuya despensa los manjares de un año suceden á los del otro, despues de asegurarse su anti-calva, de estirarse algun tanto los miembros y de ensayar su voz inarticuladamente, abrir su caja y tomar un polvo para poder hablar con mas flema, su palabra mas consoladora es decir al suplicante: ¿No ha encontrado otra hora para venirme á molestar masque este momento!... ¡Váyase, que tengo que hacer. El criado que cual perro al amo lo está escuchando le saca á fuera mientras que le dice: ¡Vé! no se lo decia? Es V. un imprudente; mas no es estraño de criados que tienen tales amos, porque así complacen á los señores.

Ahora nos parece muy oportuno, esplicada la

pintura de ese cuadro, reproducir una bella poesia: no sabemos de que autor, ni es fácil que la recordemos fielmente; pero ahí van algunos versos.

Caballero, una limosna
por la Virgen, caballero,
soy un pobre jornalero,
y no puedo trabajar.
Trabajo busco ay! en valde!
Me dicen que no hay trabajo,
y andando de arriba abajo
llevo seis dias de afan.

—Como ha de ser... Dios le ampare
que es quien le puede amparar.

—Tres niños tengo y perecen
de miseria los tres niños:
si los vierais, como armiños,
blancos cual la nieve son.
Mañana los traeré,
y los vereis al traerlos;
y seguro estoy que al verlos
se os partirá el corazon.

—Dios le proteja á V.
y le tenga compasion.

—No os enternecen mis ruegos,
y ya me cerrais la puerta...
Otra me dejais abierta,
la de Dios nuestro Señor.
Alli llamaré algun dia,
Los dos ya en el ataud,
y por vuestra ingratitude
Sufrireis pena y dolor.

—Guarda que tanta osadia
no te ponga aun peor.